

Zsófia Bán

Escuela nocturna
Manual de lectura para adultos

Traducción del húngaro de
José Miguel González Trevejo

 Siruela

Nuevos Tiempos

A Hanna, para más tarde

Geografía-Historia

Madre Dondestá

Toda la aldea estaba alborotada. Madre Dondestá había desaparecido. Pusieron patas arriba los alrededores buscándola, registraron todos los sótanos, los desvanes, comprobaron todos los pajares, las colmenas, las pocilgas, los estanques, buscaron hasta en las colecciones de plumas de pavo real famosas internacionalmente, en las maletas de fibra vulcanizada, en la incubadora de huevos (que no había dado ningún resultado), en el cultivo experimental de especias alucinógenas (que sí había dado resultado), en el desintoxicador, en el elevador, en el quinto pino, en el mercado, en el mercado de valores, entre los clavelitos para los churumbeles, bajo los sombreros, en el rincón y en la rinconera, en el limo y en la jardinera. No estaba en ningún lado. Los de la aldea se miraron desanimados. Siempre hacía lo mismo. Pero hasta ahora siempre había acabado por aparecer. Dejaba que la buscaran durante horas, disfrutaba de que se preocuparan por ella, de que se pusieran nerviosos, de que se frustraran, de que se angustiaran, de que pelearan, de que se sinceraran de repente y dijeran cosas sorprendentes hasta para ellos mismos, de que se dieran codazos, de que se insultaran, de que se emborracharan salvajemente, de que se llamaran de todo unos a otros, de que se robaran la pareja en el baile y escupieran en el suelo, de que no esperaran su turno: y todo por ella. Lo disfrutaba de lo lindo. Pero después de apurar en la cantina el vaso empalagoso y dulzón del placer, acompañado de dos coñacs, siempre aparecía. Con una sonrisa avergonzada en el rostro recibía las ovaciones, los encapotamientos extremos, los microclimáticos eclipses de sol.

Kurz und gut, Madre Dondestá había recibido su nombre por esta costumbre suya, y también por haber sido madre superiora de un convento, era de las más guapas (quizás precisamente por eso le pusieron el nombre), además de porque podría haber sido la madre de cualquiera, a pesar de que no aparentaba tanto y solo era madre de uno. [En tu opinión, ¿de quién era madre Madre Dondestá? ¡Argumenta a favor o en contra!]. Hela aquí, he dado con mi madre, pensaba la aldea cada vez que encontraba a Madre Dondestá, y se agarraba con avidez a sus tetas para mamar, pero Madre Dondestá la esquivaba consecuentemente porque no le gustaba dar de mamar, así que elaboró un justificante falso que decía «mi hija está mala, por eso les pido le exoneren de la lactancia de hoy», y para sustituirse a sí misma nombró a una voluminosa gitana como suplente. Y así, toda la aldea bailaba primorosa, aunque estaba socialmente oprimida. Por razones misteriosas, Madre Dondestá llevaba una gran letra escarlata en la ropa; los sábados en cambio, una estrella amarilla, porque hacía juego con su corto abrigo de piel. «La disonancia de colores es la muerte de la elegancia», solía decir Madre Dondestá, así que la aldea lo aprendió a su tiempo. Nunca, nunca ocurrió que, digamos, alguien vistiera de rojo con naranja, o con zapatos cursis y calcetines de felpa blancos. Cuando la invasión alemana, el transporte que partió de la aldea estaba repleto de una carga vestida con una elegancia impecable. «No me importa morir», dijo la aldea, «pero nunca seré de mal gusto». En aquel momento Madre Dondestá tenía el pecho henchido de orgullo, se alegraba de que la aldea no la hubiera avergonzado. Hay que reconocer que los alemanes valoraron los esfuerzos de la aldea en ese sentido, chasqueaban con reconocimiento, siempre que observaban un *accessoire* bien elegido, se decantaban especialmente por los alfileres de sombrero, los dientes de oro y los elegantes zapatos de ante. Los rusos eran menos receptivos y cuando en una ocasión Madre Dondestá protestó porque querían que se pusiera una falda de *bouclé* verde chillón, con una chaqueta rosa de punto, y con eso, por así decir, violar su buen gusto, en un santiamén, también ella, junto a su buen gusto, acabó en la lista. Pero nada de eso afectó a Madre Dondestá, siguió bella como siempre, misteriosa, como siempre, olía bien, como siempre, cocinaba mal, como siempre, iba a las reunio-

nes de padres, como siempre, y golpeaba irritada con los dedos cuando no le daban línea. Por supuesto, a veces se enfadaba, pero quién no lo hace, y en esos momentos le arreaba a la aldea un soberano bofetón, de manera que después, durante días, en la piel de la aldea resaltaba la huella de los suaves y largos dedos de Madre Dondestá, por lo que esta se apresuraba después a pedir perdón y la aldea la perdonaba obsequiosamente, este era el *game* habitual entre ellos, que Madre Dondestá ganaba generalmente 6-2, 5-6, 6-1, y la prensa mencionaba desfallecida el bofetón, porque a veces también recibía alguno de sus golpes. Madre Dondestá era irascible como McEnroe, le chillaba al juez de silla, lanzaba al suelo su raqueta y les arreaba una patada en el culo a los recogepeletas si no se daban la prisa suficiente. Y aun así nadie se enfadaba con ella, porque nadie (pero *nadie*) sabía sonreír de manera tan cautivadora como Madre Dondestá, menear las caderas, mostrar los hombros y tobillos resplandecientes, hacer guiños tan coqueta y pedir cita para el dentista con tanta gracia. No, a cambio de todo eso, la aldea le perdonaba por tener que perdonarla, porque a pesar de lo mal que se portaba con frecuencia, Madre Dondestá siempre perdonaba clemente, pero también *de alguna manera*, era irritante que hubiera que pedir perdón por todo, incluso por cosas superfluas, porque Madre Dondestá «no se controlaba los nervios», aunque aparentemente nada la afectaba.

Así pasaba que la relación de la aldea con Madre Dondestá era bastante *porasidécir*, pero la aldea por nada, por nada del mundo, habría entregado esta buena y pequeña relación «porasidécir»; digamos, no la habría cambiado por una madre dócil que daba el pecho con entusiasmo, por un simpático travesti que luciera en delantal, por una Sara Montiel, una madrecita Rusia, las tres hermanas, una Marie Curie, una elefanta embarazada (aunque esta última era la debilidad de la aldea). Todo iba bien tal y como estaba. A ojos de la aldea Madre Dondestá era la más dondestá de las Madres Dondestá. Aunque, qué sabía la aldea, a fin de cuentas Madre Dondestá era la única de su clase en los alrededores. Por otros lares quizás las hubiera mejores que ella, pero de eso la aldea no tenía ni la más remota idea. Y ahora no estaba. Madre Dondestá, que hasta entonces siempre había acabado por aparecer sin excepción, incluso cuando la aldea se había despistado en

los almacenes moscovitas del GUM, o cuando se perdió por la playa de Cochabamba, o cuando se tiró de cabeza en un montón de nieve, o cuando creyó que la habían dejado preñada (y así fue), o cuando decidió que se convertiría en una canalla, o cuando decidió que se haría una monja piadosa (entonces Madre Dondestá reapareció *al instante*), o cuando inició una relación incestuosa con su padre (entonces fue todo un poco más lento de lo debido), o cuando tuvo que presentarse para ser deportada, o cuando tuvo que presentarse para ser verdugo, o cuando tuvo que presentarse para hacer de intérprete en los juicios de Núremberg (hablaba siete idiomas), o cuando sencillamente solo tuvo que presentarse porque hacía ya mucho que ni siquiera se hablaban, y por eso no podía pasar que Madre Dondestá no hablara durante una semana con la aldea (también sucedió). O sea que hasta entonces siempre había aparecido. Pero ahora no estaba por ningún lado.

La aldea se asustó mucho. Y pronto hubo un carnaval por todo lo alto, porque la aldea había aprendido de Madre Dondestá que cuando uno está *cagado*, lo mejor es organizar una velada, invitar a un montón de gente que no soporte a otro montón de gente, invitarlos también a ellos, después servir la cena y dejar que se arme la marimorena. Y por eso, en el caso ideal, uno se olvida al instante del susto que tiene encima, porque debe ocuparse continuamente de calmar a los invitados en la trifulca, así como de comprobar si han vomitado ya o si ha llegado ya el coche patrulla, porque por él se puede saber si la fiesta está bien. Madre Dondestá era experta en estas cosas, y por lo que respecta al protocolo, era sencillamente insuperable. Sabía con exactitud qué cuchillo iba con cada plato, que el embajador se bebía el agua con limón que había para lavarse las manos y por eso había que poner dos fuentes junto a sus cubiertos, que las cigarras mueren pronto y caen directamente en la sopa, que al lamer le sigue el mamar, y al día la noche, y así no serás falso con los demás. O sea, Madre Dondestá siempre decía: no te encojas de hombros, no sea que te quedes así. Y tenía razón. Pero ahora Madre Dondestá no estaba en ningún lugar para decir algo. La aldea se encogía de hombros tanto como quería, se podía meter el dedo en la nariz tanto como cabía, le mostraba el culo desnudo a Palkó Körmendi, podía inmiscuirse a placer en los asuntos privados de los demás, podía

extender rumores, podía señalar con el dedo, podía ser maliciosa, podía masturbarse (incluso a dos manos) y podía mostrar su innegable inclinación a la homosexualidad, lo que definitivamente no era de buen gusto. [Di con tus propias palabras qué es la inclinación. ¡Argumenta a favor o en contra!]. Con la excusa del carnaval la aldea hizo todo esto, aunque no sintió ninguna satisfacción, ni liberación, nada de lo que en otras ocasiones le llenaba de felicidad le causó alegría. Y ante eso la aldea se asustó aún más. Porque ¿en qué hallaría ahora alegría?, ¿de dónde le vendría en lo sucesivo aquel sentimiento húmedo y centelleante?

La aldea se miró perpleja y después, tras una larga reflexión, contrató a un detective. El detective se llamaba Pinkerton y resultó que tenía una mujer del Lejano Oriente en el Lejano Oriente, a saber, la señorita Mariposa. Pero la aldea no encontró tampoco en ello la menor alegría, no rezongó ni hizo observaciones malintencionadas y racistas, bajó los ojos con tristeza y no le habría importado un pimiento que Josephine Baker hubiera sido casualmente la mujer de Pinkerton, y eso que esta era además negra. Así pasó que la aldea se volvió de un día para otro demócrata liberal, aunque, a fin de cuentas, no le interesaba en absoluto la política. Madre Dondestá había enseñado a la aldea que uno no debe meter la mano en la mierda, porque, por así decir, «se pringará la mano con ella». Naturalmente se trata solo de una expresión alegórica —Madre Dondestá destacaba también en eso—, pero, como aprendió más tarde la aldea, naturalmente hay casos en que uno tiene que meter la mano en la mierda (dependiendo de la suma) y entonces ya está la mano de uno pringada de mierda, pero también es posible acostumbrarse a eso, porque, cuando uno ya ha hecho morcilla, sabe distinguir el hígado de la mierda. Pinkerton trabajaba febril, vigilaba todo y a todos, tomaba notas, después, escrupulosamente, entregaba sus informes a los clientes, porque como se supo más adelante (pues sí), Pinkerton era agente, aunque en vano pidió la aldea sus actas, años después, en la oficina de Historia, el nombre de Pinkerton estaba tachado en todos lados, así que era difícil determinar quién era el informante. La aldea sospechaba una de otra, porque respetaba a Pinkerton como a un padre, aunque para entonces Pinkerton se había ido ya y más tarde se enteraron de que se había convertido en

primer ministro. A Madre Dondestá le habría gustado Pinkerton, le agradaban los hombres altos, elegantes y morenos, y evidentemente habría intentado convencer a la aldea de que se casara con Pinkerton, que era un partido espléndido, lo digo en serio, un partido *espléndido*, y he aquí que si la aldea hubiera entrado en razón con más rapidez, ahora podría ser *first lady* en esta encantadora montaña de basura. Solo que Madre Dondestá no estaba en ningún lugar, lo que en otra ocasión no le habría importado un comino a la aldea, porque así no tenía que escuchar continuamente que es boba y torpe, y que Madre Dondestá, de joven, ayay, y cómo se puede dejar escapar a un tipo tan simpático cuyo abuelo había sido además rabino en Sátoraljaújhely, y que era un genio, con esa jeta pícara y seductora. Y en vano hubiera dicho la aldea, si se hubiera atrevido a algo así, que, Madre Dondestá, entienda de una vez, los hombres no son tanto para la aldea (bueno, el Brando sí), sino justo lo contrario. A Madre Dondestá le habría entrado por una oreja y salido por la otra elegantemente o, en nuestra familia no puede pasar algo así, habría dicho dando un golpe en el suelo performativamente, siguiendo al pie de la letra la teoría de los actos del habla —pero, por desgracia, eso no era cierto—.

La aldea buscó a Madre Dondestá durante días —después se rindió—. Tuvo que reconocer que Madre Dondestá había desaparecido definitivamente. Había sucedido aquello con lo que Madre Dondestá gustaba de amenazar a la aldea, pero que la aldea no creía, porque Madre Dondestá gustaba de amenazarla con todo tipo de cosas sobrecogedoras, por ejemplo, con que venía el lobo o que iban a hacer obligatoria la celulitis. Generalmente la aldea no se creía nada de Madre Dondestá, ¿por qué precisamente la habría creído ahora? Pero si la hubiera creído, tampoco la habría creído. Así de embrollado era todo si se trataba de Madre Dondestá. Pasó y pasó el tiempo. Un día, de nuevo, la aldea volvió a alborotarse. Llegó la noticia de que se acercaba el cineasta ambulante, que afirmaba poseer una película protagonizada por Madre Dondestá. También afirmaba que, por lo que sabía, Madre Dondestá se había convertido en una diva del cine en un país lejano, rodeado de palmeras, y precisamente con aquella película había ganado el premio a la mejor interpretación femenina. Hala,

toda la aldea se puso en marcha para ver la película. Se lavó en una fuente limpia, se engalanó con su mejor ropa dominguera; se puso lo mejor que tenía; alisó con un peine mojado sus rizos rebeldes y después, a toda prisa, se puso el maquillaje y, alehop, salió para el cine. La aldea llegó la primera, se sentó en el mejor sitio, para ver bien, y esperó que empezara la proyección. La película arrancó con pesadez, con una lenta parte introductoria, con traducción simultánea, algo que la aldea detestaba especialmente. Mostraba inmensos cuadros en largos planos, una región desértica, cactus. La aldea no podía imaginar cómo era posible que en una película así apareciera una diva. De pronto surgieron varias personas en el horizonte, parecían minúsculas hormigas, pero fueron acercándose más y más y pudo distinguirse que una de ellas era una mujer que hacía señales pidiendo ayuda. La aldea casi se salió de los bancos para ver mejor los rasgos de la mujer, pero por desgracia estaba aún demasiado lejos. Y cuando las personas se acercaron tanto que casi se les podía ver el rostro, entonces..., entonces sucedió lo más horrible que la aldea se podía imaginar. La película se desgarró. En el silencio tenso podía oírse el chasquido sordo del carrete que giraba suelto. El cineasta ambulante pidió perdón y un poco de paciencia (¡paciencia!), mientras unía la película. Bregó un poco con ella, y luego se rindió. No se pega, dijo disculpándose, nunca había visto algo parecido. La aldea habría sido capaz de estrangularlo. Se dirigió hacia él amenazadora, pero el cineasta, presintiendo lo peor, puso pies en polvorosa. Nunca más volvió a la aldea. Y la aldea, en su ira, desmontó el cine tabla a tabla y con cada una de ellas construyó una pocilga. Así pasó que la aldea sintió odio para toda la vida por la cinematografía y cuando, más tarde, se mudó a la ciudad, tampoco fue nunca al cine. No habría sobrevivido a un nuevo desgarró en la cinta. Y aunque cada año veía la entrega de los Oscar, no volvió a oír nunca jamás nada sobre Madre Dondestá. Dónde está, dónde no está.

¡Escribid una redacción con el título «Un mes en la aldea»!
Tratad de no causar con ella un escándalo en casa o en
la escuela.